



reertigo

os. El solitario se internó cada vez más en la floresta que en aquella hora. Respiraba pensamientos tétricos.

halló un transeúnte todos se habían marchado a descansar. Era así, cuando de pronto vio destacarse encima de la selva la blanca de un extraño edificio, especie de rotonda, de estilo arquitectónico difícil de definir. Siguió avanzando hasta tocar sus muros medio ocultos en aquel mar de árboles. Habíase despertado su curiosidad y en un breve paseo de circunvalación logró descubrir su portada vivamente iluminada por la luna. Consistía ésta en un ovalo o claraboya situada a cierta altura y equidistante de otra abertura superior, especie de ajimez, cuyo tabique central se hallaba medio derruido. El que defendía la entrada del edificio era una galería saliente en forma de arco, que en vez de capiteles, superior e inferior, ostentaba una serie de columnas, a modo de estalactitas y estalagmitas, labradas en una materia más blanca que la del resto del edificio.

El tímido paseante dio dos brinco hacia adentro. Reinaba un gran silencio. Las medrosas invadían los rincones. Los rayos de la luna, al través de las dos claraboyas adquirían la tristeza pavorosa de la mirada de un moribundo reflejo en el interior de la bóveda, difundía cierto vislumbre que permitía distinguir los objetos. En medio del pavimento, se destacaba la negrura de una grieta profunda como un pozo.

El fondo de aquel subterráneo resonaron pasos y una voz preguntó: ¿quién va?

Era un escarabajo que avanzó lentamente. El feo conserje, sometido a un largo ayuno de conversación, se mostró tímido.

Supongo que querrá usted pasear las ruinas, dijo. Sigame y medite lo que ve ayer a hoy. Esa bóveda desierta, en cuya concavidad resuena el eco de los pasos, abrigó en otro tiempo multitud de celdas que fueron centros de una actividad. Dentro de sus tabiques se produjeron las más elevadas estaciones de la vida. Era una construcción ligera, alojada inmediatamente debajo de la bóveda. Estaba simétricamente compartida en dos departamentos y cada uno de éstos, en tres divisiones rodeadas de una sucesión de galerías cerradas, llamadas de circunvalación. Ambas alas de la construcción comunicadas por el puente de Varolio, (llamado así, sin duda por el arquitecto que lo proyectó); constituían lo que podía apellidarse la Oficina Central, por hallarse en el centro motor de un admirable sistema de hilos conductores que la mantenían en comunicación con el exterior. En ese hueco que ve usted ahí, un poco a la izquierda de la Oficina Central, se hallaban sus dependencias.

Las alas se atendían al movimiento de la planta baja del edificio. Los hilos conductores se cruzaban a la altura del puente, poco más o menos, de modo que la planta baja comunicaba con el departamento derecho de la Oficina y viceversa.

Si usted quisiera asomarse a esa oscura escotilla, continuó, - por donde podría subir, podría ver uno o dos peldaños que aún existen de la gran escalera que conducía a los extremos inferiores del edificio. Cada peldaño estaba horadado por una porción posterior, de modo que, acopladas todas las cavidades coincidían formando un canal en que estaba el haz de hilos conductores de que he hablado. El pavimento de las divisiones de ambas mitades de la Oficina, se hallaba labrado por el conducto de Silvio. Cerca del puente de Varolio se alzaban las pirámides; las alas y las posteriores. Lástima que todas esas maravillas arquitectónicas hubieran sido labradas en materia poco consistente. Hoy todo eso se ha derruido y sólo queda, como usted ve, la parte sólida del edificio.

Para una explicación del amable Conserje había llegado a interesar al visitante que escuchaba con atención.

Fíjese en ese pavimento, continuó. Por su forma particular ha sido comparado a un gran murciélago. Mire usted: consta de un cuerpo central y dos alas que se extienden hasta tocar los dos muros laterales. Este admirable diseño sujeta las numerosas piezas de la portada uniéndolas a la bóveda. El movimiento de escombros que ve usted ahí, en el fondo del ajimez, era una especie de agujerillo. Las corrientes de aire, al chocar con las paredes de los ajimezes, tapizadas de fina tela, enviaban hacia adentro los átomos de luz, conducidos por hilos finísimos que, atravesando los innumerables agujeros, se unían adentro en dos cordones.

Este el primer par de cordones de los muchos pares que comunicaban la Oficina Central con los diversos puntos del exterior. La fuerza activa que obraba en ellos, no era precisamente el fluido eléctrico, pero sí algo muy parecido. Obraba en dos modos: transmitiendo las noticias sensacionales del exterior, a la Oficina Central, donde se hacía conciencia de ellas, e impartiendo las ordenes de la Oficina Central a las extremidades del edificio.

Una de las aberturas de la portada, transmitía un orden de noticias, según la región de donde procedían. Por esas dos claraboyas cuyos

arcos, hoy vacíos, se hallaban entonces revestidos de lindas vidrieras y cortinas, penetraban las llamadas vibraciones luminosas. Vibraciones de otro género eran transmitidas por otro par de cordones que partían de dos aberturas situadas en los muros laterales, equidistantes de la portada.

- Si usted quisiera molestarse, se las enseñaría.

Salleron por el ancho portal adornado de estalactitas y estalagmitas de marfil, y torcieron hacia la derecha. Aquella porción lateral del muro sobresaliente de la bóveda, formaba, casi a la altura de las claraboyas una especie de azotea, prolongada hacia atrás.

- Esta azotea, dijo el escarabajo, llevó en otro tiempo el pomposo nombre de Arco Cigomático. Son dos; una a cada lado de la portada. En ellas tengo dos observatorios. Desde aquí me entretengo en contemplar las puestas de sol o en contar las estrellas en las noches claras.

Se detuvieron en un punto en que la parte saliente terminaba y el muro ofrecía a la vista una especie de nicho. Penetrando en él recorrieron un callejón que los condujo a una reducida estancia donde yacían amontonados varios objetos: un yunque, un martillo, un estribo y un lente.

- Usted se figurará estar en un taller de herrería, dijo el escarabajo, pues nada de eso; a lo que esto podría compararse con más propiedad, es a una oficina telefónica, aunque el aparato que va usted a ver, más tiene de fonógrafo que de teléfono. Así, así a esa ventana oval, o a esta otra redonda, y procure ver hacia adentro. Descubra usted una bocina un poco inclinada hacia abajo. Ésa es la Trompa de Eustaquio.

¿Ha aplicado usted alguna vez el oído a la concha de un caracol? Se halla lejos del mar; y no obstante, se escucha en su interior el rumor de las olas.

Un fenómeno semejante, en apariencia, aunque de muy distinta naturaleza se produce aquí. No hay vida adentro ya, pero las membranas que recibieron y conservan la impresión de los antiguos sonidos, aunque muy estropeadas, siguen funcionando.

- El aire los despierta. La cara interior de la bóveda hace de lámina vibrante que los reproduce y la ilusión es completa. Haga usted la prueba.

El Grillo aplicó el oído. En los primeros instantes sólo percibió un ruido sordo acompañado de una resonancia cada vez más fuerte. - luego un lejano rumor de colmena que fue creciendo y complicándose hasta dar la idea confusa de un gran tumulto.

A medida que se escuchaba, se comprendía mejor.

Era aquél todo un mundo exterior reflejado y repercutido adentro, que se reproducía en mil escenas simultáneas, y al mismo tiempo, toda una vida interior, subjetiva, recóndita, que seguía vibrando intensa y dolorosamente.

La sorda resonancia fue convirtiéndose en prolongada aspiración, en un ansia inabarcable, de cuyo fondo surgieron aleteos de alas palpitantes que se encumbraban al infinito, ruido de caídas, ecos de abismo, clamores de ángel, jadeos de bestia, rugidos, estertores, risas, sollozos...

El Grillo se sintió acometido de un malestar repentino. Dio un paso atrás. Su cabeza vaciló y teniendo apenas tiempo para despedirse, huyó desatinado dando trasplés. Después con un esfuerzo supremo, se lanzó a grandes saltos hasta caer sin aliento muy lejos del siniestro paraje.

Le recogieron sin conocimiento. Su prolongado vértigo, del que apenas pudieron despertarlo, alarmó a todos. Sus amigos, sospechando la causa del accidente, le hablaban de la pálida Libélula, reina del corso, que la tarde anterior había huido delante de sus ojos, como ensueño irrealizable. El triste enfermo callaba y sonreía. Sentía que su dolencia era incurable. Se hizo misántropo.

Solitario cantor de las ruinas, en su flébil gemido, desde entonces, solloza, no ya el alma inocente de un insecto, sino la de un demente iniciado en los secretos humanos.



Adela Zamudio (1854-1928). Poeta y escritora boliviana. Autora de Cuentos Breves, Peregrinando, entre otros.